

Meditación en torno al fenómeno docente

IX Congreso Internacional de Estética_ Dubrovnik_1980
Citado en la Ponencia general de la Universidad Politécnica de Madrid
Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid
Dpto. de Análisis de Formas Arquitectónicas

Preámbulo

El objeto de este trabajo es ordenar, para dar a conocer, el inicio de una exploración surgida a puro golpe de intuición y, por lo mismo, de un modo y con un ritmo artístico no sistemático, dentro del campo de aquellas experiencias que están relacionadas con el arte de la enseñanza.

El punto de vista que ha articulado el trabajo – desde lo intencional -, contempla la generación del fenómeno docente a partir de elementos predominantemente psicológicos.

La presentación de las reflexiones ha buscado, en su configuración, la creación de marcos de significación desde los cuales sea posible la comprensión integral de los fenómenos cuyas fases intenta describir – aunque muy sucintamente – y de otros posibles. Estos marcos básicos giran en torno a las siguientes cuestiones:

1. De el surgimiento de una relación entre personas para la creación.
2. De el sostenimiento de dicha relación.
3. De la madurez y los frutos.
4. De el bien acabar.

El desarrollo de la exposición del trabajo se ha apoyado en un orden estructural mínimo, cuyo objeto es despertar la citada comprensión dentro de cada marco, al hilo de las imágenes que se presentan y de las ideas que se afirman, con una expresa renuncia a toda reducción conceptual que introduzca un espíritu de disección utilitaria en las situaciones.

Finalmente, los términos, las figuras, los recursos y todos los instrumentos del lenguaje escrito, han sido dispuestos para despertar en el lector una continua evocación de aquellas experiencias personales propias, que, en cierto modo, puedan completar y matizar los puntos de vista que hayan quedado sueltos en la exploración que aquí se presenta.

1. De el surgimiento de una relación entre personas para la creación.

Uno de los comportamientos más diferenciados y característicos dentro del orden cósmico es, sin duda alguna, aquel que gira alrededor de los fenómenos de atracción entre seres.

Es bien sabido que la interpretación de este comportamiento puede orientarse, desde el punto de vista del razonamiento lógico, según dos aspectos o modos complementarios: en primer lugar, y en su sentido más genuino, como afirmación de un principio de tensión fundante y constructor de un cierto orden; en segundo lugar, como principio crítico de tal orden, y, en la misma medida, fundante del caos.

Dentro de la situación expuesta, si consideramos el carácter de fundante como el auténtico parámetro real de influencia, habría que decir que su coloración e intensidad estarían en relación directa con la entidad y la complejidad de los seres en presencia. Así podemos referirnos a seres inertes o a seres vivos, vegetales o animales, animales racionales o irracionales, hombres con unidad interna o disueltos, etc. Ahora bien, la propia consideración de estos seres 'en presencia', es decir, situados, introduce el ingrediente imprescindible de un contexto o soporte común a los mismos.

Este soporte de influencias es, en el caso más representativo, la propia naturaleza de los seres en cuestión o, lo que es lo mismo, aquel modo determinado y estable que éstos tienen de ser y de existir.

En el caso del hombre, el soporte de influencias es además un entramado tensionado cuya intención y oportunidad son desveladas a través del ejercicio de aquellas potencias diferenciadoras que le caracterizan, y que no son sino co-principios del alma humana que expresan aspectos complementarios de la misma realidad: una inteligencia racional que busca la verdad de las cosas y una voluntad que ama el bien.

Parece pues razonable que toda relación entre seres humanos para la construcción, y, por lo tanto, para la creación, habrá de contemplar la existencia de un principio de tensión fundante o atracción, en el ámbito definido por un soporte común específicamente connotado y a su vez tensionado.

Si centramos el tema en el campo de la enseñanza, puede decirse que no hay creación en ésta si no se da cierto grado de atracción entre el que enseña y el que aprende; más aún, esta tensión fundante que ya es en sí misma una creación, constituye el origen y cauce primero de implicación del flujo de corrientes de personalidad que empieza a dispararse a partir del encuentro creativo.

El encuentro creativo es siempre jerárquico y de naturaleza no casual. Podría ciertamente decirse que tiene entidad porque hay personas que se van buscando, y, este encuentro personal - que puede desencadenarse bajo cualquier circunstancia inesperada -, siempre tiene lugar en el centro del mundo.

La vivencia de este 'momento' en actitud bilateralmente arriesgada, desprende, con intensidad creciente, la emoción y el sabor de lo humano trascendido: hay creación y ensanchamiento en el espacio, hay creación y dilatación en el tiempo, hay promoción de nuevas esperanzas y vencimiento de viejos pesimismo y nostalgias; es el inicio de una nueva aventura de apertura al ser.

2. De el sostenimiento de dicha relación.

Es cierto que para sanar ciertas enfermedades no es impedimento el hecho de que el médico que las trata sufra a su vez de dichas dolencias, pues la competencia profesional, en estos casos, requiere únicamente el aval de unos conocimientos ciertos sobre la materia en cuestión, con independencia del estado de salud del que goce en ese momento el facultativo.

No es menos cierto que para dar una información coherente en relación con una disciplina académica cualquiera, no es imprescindible convertir dicha información en artículo de fe de su portavoz, sino que basta con que éste la conozca en profundidad como conjunto ordenado de afirmaciones o negaciones con sentido, y la quiera y pueda exponer.

Ahora bien, para sostener y nutrir una relación que potencie la creatividad desde la enseñanza, hay que ser un verdadero creador en dicho campo, es decir, un maestro.

En efecto, al maestro no le basta con poseer unos conocimientos suficientes sobre la materia objeto de su enseñanza; ni tan siquiera con hacer de éstos parte de su credo existencial personal. Necesita vivírselos operativamente encarnándolos en su persona a través de una conducta sana y reveladora para sus discípulos. En este sentido, la figura del maestro es presentadora de totalidades existenciales jerárquicas que, desde una visión lineal reduccionista sólo podrían formularse como momentos dialécticos en oposición: inteligencia-voluntad, contemplación-acción, pensamiento-conducta, conocimiento-amor...

Esta capacidad integradora que va desde lo estrictamente psicológico a lo social, y que actúa como un catalizador de situaciones conceptuales instrumentales a la búsqueda de totalidades interiorizadoras – bien sean éstas ideas o imágenes esenciales -, no es otra cosa que un exponente de lo que ha dado en llamarse 'unidad interna de vida' de la persona, que en el caso del maestro posee una relevancia especial.

En párrafos anteriores se ponía de manifiesto que la atracción es una condición necesaria para que el encuentro se produzca, pero no es menos cierto que por sí misma es insuficiente para alimentar y fortalecer la relación recién brotada, a menos que esté específicamente cualificada para ello.

Atraer en seco - en función únicamente de una habilidad -, puede despertar una situación de reverencia pasajera y estéril, en la misma medida en que sojuzga una personalidad a la otra sin abrir horizontes.

En su delirio, el pseudo-maestro desangra sin posibilidad de resistencia alguna a su abrumado o aturdido discípulo, que es fagocitado, digerido, exonerado y defecado plácidamente en forma de eco viviente de su admirado depredador.

Por ello, en todo proceso educativo, la atracción ha de darse como una competencia que vincula a las partes, de manera distinta y de acuerdo con una referencia ética externa que es presentada por el maestro y acogida por el discípulo; de tal modo que éste pueda – en todo momento - intentar referenciar y contrastar en el tiempo la limitación y el esfuerzo propio y de su maestro, los principios activos de sus pensamientos respectivos y los hábitos operativos de sus conductas, que, en el caso del maestro, abren probadamente al ejercicio de dicha competencia.

En este proceso bilateral, la tarea del maestro consistirá en convertir su condición de instrumento aromatizado según las diferentes fragancias que ofrece tal referencia externa – que fecunda su existencia desvelando misterios de creciente profundidad para el discípulo -, en un ingrediente activo al servicio de la creación continua.

Por otra parte, actualmente empieza a ser comúnmente reconocido que la educación neutra no es posible, pues todo el que educa lo hace para un fin - que puede o no aparecer explícito para el que está aprendiendo, pero que es condición y motivación para el que está enseñando -.

Podría decirse incluso que es obligación seria de todo educador conocer y poder formular – en el nivel adecuado al momento en que pueda ser requerido para ello -, cuáles son las metas que persigue con sus enseñanzas.

Para el que ayuda o enseña a ' ser creador ', esta respuesta le va a ser exigida en los niveles más altos de la actividad docente: tendrá que dar razón de sus visiones del hombre, del mundo y de la vida.

Resulta claro que dichas visiones, en la medida en que ajusten su interpretación a la realidad existente – que es abierta -, demandarán por su parte un compromiso

existencial más transparente, asumido con intensidad, constancia y seriedad; vigente en todas las encrucijadas del pensamiento y de la conducta.

Este desvelamiento sucesivo de propósitos – que evitará forzamientos de situaciones dirigidos según fines tangenciales a los propiamente específicos de la actividad pedagógica -, exigirá la creación de un marco de actuación personalizado desde el cual ha de ser posible, por un lado, la presentación adecuada de las pautas y referencias, y, por otro, la fundamentación de una toma de posición del discípulo respecto del maestro; dotará al primero de nuevos elementos de exploración y decisión, instrumentándole para afinar en la matización de aquellos aspectos relevantes de su aprendizaje que pudieran requerir una mayor extensión y profundización, en relación con un modo más complejo de entender dicha situación docente.

En efecto, en relación con este punto, la figura del maestro estará llamada a alimentar y sostener abierta toda situación creadora, con una intensidad que será siempre función de su capacidad para desvelar las verdades que puedan emanar de su modelo general personal y de los bienes que su conducta pueda encerrar.

3. De la madurez y los frutos.

En todo lo afirmado hasta este momento, y, con vigencia para lo que resta por decir, se ha supuesto que la actitud de búsqueda del reto que implica urgir responsablemente es plenamente asumida por el maestro, al tiempo que el discípulo expresa - con su compromiso inteligente - la voluntad de querer ser urgido y se dispone para ello.

Sin la asunción consciente de esta actividad interior vinculante, la relación podría entrar en una vía muerta indefinida de difícil articulación y escasas posibilidades de maduración.

Con la intención de facilitar el ejercicio continuo de esta responsabilidad, que cuando menos solicita valor, audacia, reciedumbre, prudencia, seriedad y constancia, entre otras fuerzas y por ambas partes, el maestro intentará generar – desde el entusiasmo intrínseco a su modo personal de transmisión -, cauces que contemplen su labor de acompañamiento de manera adecuada a la cambiante circunstancia pedagógico-existencial del discípulo, y, éste, deberá solicitar constantemente aclaraciones que ajusten y rectifiquen la tarea anterior en la dirección de comprensión más asequible a sus conocimientos y situación.

La invención magistral de aquellos modos de acompañamiento que sean capaces de despertar nuevos encuentros creativos en niveles progresivamente superiores, es un cometido prioritario y, a la vez, sumamente arriesgado, del maestro.

En efecto, a lo largo de su puesta en práctica, la propia actividad le obligará a irse vaciando de sus convicciones, pensamientos y comportamientos personales, los cuales quedarán temporalmente en suspenso a la espera de ser interpretados e interiorizados por el discípulo. De tal suerte que éste irá construyendo sus propios conocimientos y ajustando sus disposiciones internas para emprender una tarea - cada vez más madura -, de producción personal en todos los campos de su actividad.

Tal ha de ser el desprendimiento del maestro en este proceso que, su último acto: el del alumbramiento de los frutos, no requerirá por sí mismo de su presencia.

En este sentido, la figura del maestro es análoga a la de un padre, una madre o un médico de cabecera, cuya misión principal consiste más bien en administrar las condiciones de posibilidad para que el nuevo ser en formación se haga fuerte y no se desvirtúe, que en hacer posible el cambio de medio en un ser ya formado, tarea sin

duda más adecuada para una comadrona; sin confundir esto con aquellas otras acciones que introducen desde fuera del sujeto en formación determinaciones sustanciales no deseables.

En la práctica creativa, el discípulo habrá de ser muy frecuentemente su propia comadrona, ya que el modo en que se pueda producir el alumbramiento será, en no pocos casos, parte sustancial de la nueva 'criatura'.

El proceso de maduración, que ocupa períodos álgidos en toda relación para la creación, alcanza su más preciado fruto cuando el discípulo – sin dejar de serlo vitalmente nunca –, se desprende en serena renuncia de toda situación predominantemente receptiva para pasar a la iniciativa generadora de nuevos focos de perturbación, en un movimiento de radiación por estratos de profundidad que se yuxtaponen e interaccionan formando una cadena conforme y continua de encuentros reveladores.

4. De el bien acabar.

La relación docente que un día surgió entre dos personas como fruto de un encuentro inspirador y emotivo fundado en la potencia y entidad de las respectivas personalidades, connotado jerárquicamente en sus manifestaciones internas y externas, intensamente alimentada y sostenida a través de actitudes en el pensar y en el obrar acordes con una referencia ética externa compartida hasta encender un ritmo creciente de ganancia cognoscitiva y afectiva paralelo al proceso de interiorización de las propias experiencias compartidas, tiene un final propio que es mucho más parecido a un desbordamiento de ser – creador de nuevos núcleos de atracción y encuentro –, que a un atardecer u ocaso energético.

El justo remate de este proceso humano tiene mucho que ver con aquel acto primigenio de coronación y conquista de un accidente físico de altura – la montaña –, ya que pone ante nosotros un acto de acabamiento que es a su vez presentador e iniciador de insospechadas nuevas andaduras, que pueden amanecer – difusamente abocetadas todavía –, desde el horizonte de lo ya logrado.

Vuelve a surgir con una claridad mucho más intensa y vehemente – fruto del reforzamiento operado por el trabajo ya realizado a partir de las primeras intuiciones –, aquel sentimiento profundo que caracterizó al primer encuentro: vuelve a darse la creación y el ensanchamiento del espacio; vuelve la creación y la dilatación del tiempo; vuelve, finalmente, la promoción de nuevas esperanzas y el inicio de nuevas aventuras de apertura al ser.

No podría hablarse propiamente, por ello, de muerte en el sentido de aniquilamiento y desaparición de la energía vital desplegada, sino más bien de una transformación energética cualitativa.

Lo que se inicia es un todo, un proceso de movimiento de personalidades en la vía del conocimiento para el servicio, que intenta purificar la realidad docente en que se encuentra inmerso, reciclando desde la base todos y cada uno de los niveles de representación a su alcance, empezando por el personal individual.

Esta creciente implicación de personas demandará la aparición y creación de nuevos modos de comportamiento que, en adecuación y coordinación con los ya presentes, dé consistencia estructural a todo el entramado intencional de actuaciones que irá surgiendo.

De un modo natural y, en cierta manera, inevitable, el discípulo deviene maestro y éste lo hace en maestro de maestros y, cada uno, desde su nivel, encarna una misma presencia social, una nueva tendencia o estilo.